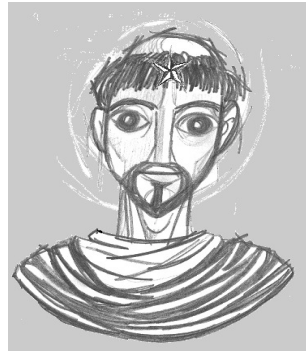


**“Si permanecen en mi palabra, serán mis discípulos,
conocerán la verdad y la verdad los hará libres” (Jn 8, 31-32)
LA LECTIO DIVINA COMUNITARIA Y LA PREDICACIÓN**

fr Brian J. Pierce, OP

Santo Domingo de Guzmán, como bien sabemos, andaba por los caminos como predicador itinerante, llevando consigo el Evangelio de San Mateo y las Cartas de San Pablo. Recordar a Santo Domingo *caminando con la Palabra* es una imagen importante en nuestro álbum familiar. La Palabra de Dios era su compañera fiel por el. Es muy probable que sus primeros frailes, al salir de Prulla hacia las ciudades de Europa, hayan imitado a su maestro, llevando también consigo algún pergamino bíblico por los caminos.



Encontramos algo similar en el evangelio de S. Lucas (24,13-35), donde los dos discípulos salen caminando de Jerusalén hacia el pueblo de Emaús el día de la resurrección. Los dos van tristes, confundidos y desesperanzados, pero aun en medio de su tristeza, y sin reconocerlo al principio, Cristo resucitado se junta con ellos, acompañándolos y explicándoles por el camino algunos textos claves de las sagradas escrituras. Como fray Domingo, los discípulos caminaban, acompañados por la Palabra de vida, el *Verbo de Dios*.

Toda predicación auténtica nace de un encuentro con la Palabra de Dios. Nuestra tradición dominicana nos ha dejado este ejemplo maravilloso al recordar, dentro de los nueve modos de orar de Santo Domingo, esta imagen de Domingo *caminando con la Palabra*. Su predicación nacía indudablemente de su escucha orante y contemplativa de la Palabra de Dios mientras iba por los caminos de la vida. La itinerancia de Domingo era más que un movimiento geográfico; era un movimiento espiritual, un *caminar con Cristo*, el Verbo del Padre. De esta herencia nos recuerda fr Felicísimo Martínez, OP:

“La oración y la contemplación atraviesan toda la vida de Domingo...Es una oración constante y sin interrupción. Ora de día mientras va por los caminos... haciendo silencio durante las horas acostumbradas mientras sigue caminando o bien cantando salmos e himnos. De esta dedicación intensa a la oración nos hablan reiteradamente los testigos de la canonización: “Tenía por costumbre hablar siempre de Dios o con Dios en casa, fuera de casa, y en el camino.”¹

Santo Domingo recogió de la tradición monástica la antigua práctica de la *Lectio Divina* – la Lectura Orante de la Biblia – y le dio una nueva forma. Ya no era sólo la *Lectio* del monje solitario que se apartaba, en silencio, para tener un encuentro personal con la Palabra de Dios. Domingo unió la *Lectio*

Divina con la itinerancia comunitaria, convirtiéndola en una práctica espiritual al servicio de la predicación de la Buena Nueva. Hoy, nosotros también estamos llamados a seguir los pasos de fray Domingo y encontrarnos con la Palabra encarnada por los caminos de la vida.

Lo que se pretende aquí es presentar un modelo de *Lectio Divina* dominicana, buscando vivir y caminar con la Palabra de Dios como comunidad a lo largo de la semana, a partir de alguno de los textos bíblicos de la liturgia dominical. Presentamos aquí la *Lectio Divina* en una serie de ocho pasos, a ser practicados durante la semana, culminando el día domingo. Hay algunos pasos diseñados para ser practicados en comunidad, y otros a nivel personal. La estructura diaria propuesta al comenzar cada sección sirve sólo como ejemplo, ofreciendo un marco o ritmo semanal para la *Lectio*. Cada comunidad buscará su propio ritmo.

Lunes, Martes y Miercoles

1. SILENCIO ATENTO Y CONTEMPLATIVO: La *Lectio Divina* comienza y se lleva a cabo cada día dentro de un ambiente de silencio y de escucha contemplativa. Cada vez que nos reunimos para escuchar la Palabra a lo largo de la semana – tanto a nivel personal como comunitario – comenzamos con 5-10 minutos de silencio. Dice fr. Timothy Radcliffe, OP:

“Sólo si aprendemos a permanecer en el silencio de Dios podremos descubrir las palabras correctas, palabras que no sean arrogantes ni vacías, palabras que son a la vez verdaderas y humildes. Sólo si el centro de nuestras vidas es el silencio de Dios mismo, sabremos cuándo acaba el lenguaje y cuándo comienza el silencio, cuándo proclamar y cuándo callar.”²

Este “permanecer en el silencio de Dios” es propio de los profetas. Sólo hay que recordar a Moisés ante la zarza ardiente en el desierto (Ex 3,4-6) o a Elías en el Monte Horeb (1 Reyes 19,8-14) para ver la relación íntima entre el silencio contemplativo y la escucha de la Palabra – una escucha que es, a la vez, semilla para la predicación de la Buena Nueva. Este silencio es también el que vivió María, previo a su *fiat* – su sí a ser madre del Verbo encarnado.

El siguiente relato, de la vida real, muestra como una persona, desde su silencio y humildad, supo sentarse a diario – en actitud mendicante y contemplativa – ante la Palabra de Dios.

Hace varios años, un joven fraile dominico, Jorge, estaba trabajando durante algunas semanas como misionero en unas aldeas campesinas en el sur de México. Cada día Jorge pasaba por una casita muy humilde donde vivía un anciano que se sentaba todas las mañanas con la Biblia abierta sobre sus piernas. Fray Jorge lo saludaba al pasar, “Buenos días, Señor,” le decía Jorge, y el anciano, le devolvía el saludo: “Buenos días, Padre.”

Una mañana Jorge decidió ir a conversar con el anciano, porque hasta ese momento sólo le había saludado desde lejos. “Buenos días, señor, soy Fray Jorge”, le dijo el joven misionero. “Buenos días, Padre; mi nombre es Ramón, para servirle.” Jorge le extendió la mano y le preguntó, “Don Ramón ¿qué lectura está leyendo esta mañana en la Biblia? Veo que todas las mañanas, cuando paso por acá, usted está leyendo la Biblia”. Don Ramón miró a Jorge y le contestó: “Pues fíjese, Padre, yo no sé leer. Pero Ud. tiene razón; todas las mañanas me siento aquí y le pido al Señor que me dé una palabra que me guíe hoy. Y fíjese, Padre, todas las mañanas Dios me da una palabra. Nunca me ha fallado.”

El primer paso de la *Lectio* es precisamente eso – el sentarnos en “el silencio de Dios” – poniendo nuestra confianza en la fidelidad de su Palabra. Dice el Maestro Eckhart, dominico místico del Siglo XIV: “Si

Jesús ha de hablar en el alma, ella debe estar sola y silenciosa. Entonces entra Él y comienza a hablar.”³

2. LECTURA / PROCLAMACION DEL TEXTO: Reunida en comunidad (o a nivel personal), y después del tiempo apropiado de silencio, leemos el texto bíblico pausada y claramente. Se puede elegir para la *Lectio* uno de los textos de la liturgia del domingo que viene (u otro texto que se vea conveniente). Escuchamos las palabras, dejándolas caer en tierra fértil (cf. Mc 4,3).

Cuando hacemos la *Lectio* en comunidad, es bueno escuchar el mismo texto proclamado dos o tres veces, y si es posible, en distintas voces, por distintas personas, con pausas de silencio entre cada proclamación. Escuchamos como mendicantes, así como hizo Don Ramón, esperando que una palabra o frase del texto nos sea regalada, nos toque, y caiga en la tierra fértil del corazón. ¿Qué nos quiere decir Dios con esta palabra? Como el joven Samuel, nos dirigimos a Dios, “Habla, Señor, tu siervo escucha” (1 Sam 3,10).

La lectura del texto en este segundo paso no es en primer lugar una lectura intelectual. No estamos tratando de entender el texto para sacarle conclusiones. Ese paso vendrá más tarde. Ahora sólo nos ponemos ante la Palabra con las manos y el corazón abiertos, esperando que Dios nos hable. El fresco del Beato Fra Angélico, en el cual Santo Domingo está sentado al pie de la cruz, contemplando la Palabra, capta bien el sentido de este segundo paso. Esta pequeña parábola también nos puede ayudar a entender mejor este paso:

“En una ocasión un rabino fue abordado por un grupo de sus estudiantes que habían estado discutiendo entre ellos, el significado de una parte difícil de la Torá. Pidió que le mostrasen la página, y entonces les preguntó qué veían allí. “Las palabras sobre las cuales discutíamos,” respondieron ellos, “las marcas negras en la página.” “Correcto,” dijo el profesor, “las palabras contienen la mitad del significado. Los espacios en blanco, entre las palabras, son el lugar en donde deberemos encontrar la otra mitad del significado.”⁴

3. MEDITACION: Este paso es, quizás, el paso más importante de la *Lectio*. Después de haber escuchado y acogido una palabra o frase del texto (nuestra “palabra sagrada”), empezamos a saborearla, masticarla, rumiarla. El Profeta Ezequiel cuenta su experiencia meditativa así:

“Miré y vi una mano tendida hacia mí con un libro enrollado. Lo desenrolló a mi vista...y en él estaban escritas lamentaciones, gemidos y ayes. Y me dijo, “Hijo de hombre, come lo que te presentaron, come este libro y anda a hablar a la gente de Israel”. Abrí la boca y me hizo tragar el libro y me dijo: “Aliméntate y llena tus entrañas con este libro que te doy”. Lo comí, pues, y en la boca lo sentí dulce como la miel” (Ez. 2,9 -3,3).

Cada persona lleva su palabra o frase al silencio interior, donde la sigue meditando durante la semana. Dice Sebastián Painadath, SJ, “La palabra meditación viene del verbo latín *meditari*, que significa ‘ir al centro’...Es una peregrinación al centro divino de nuestro ser.”⁵

Cuando hacemos este segundo paso comunitariamente, después de la segunda proclamación del texto hacemos el *Eco*. Es decir, cada persona dice en voz alta la palabra o frase que le ha tocado del texto. No comentamos el texto; sólo compartimos nuestra palabra sagrada con los demás. Es posible que dos o tres personas hagan *eco* de la misma palabra. Escuchamos todos los *ecos*, reconociendo el movimiento del Espíritu dentro de la comunidad. La Palabra lleva dentro de sí un tesoro; la meditamos hasta descubrir ‘la perla de gran valor’ (Mt. 13,46).

Jueves, Viernes, Sábado

4. CONTEMPLAR LA PALABRA EN EL MUNDO: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado y nuestras manos han palpado acerca del Verbo que es vida...se lo damos a conocer” (1 Jn 1,1-2). A lo largo de la semana, al escuchar y meditar el texto bíblico a nivel personal y comunitario, descubrimos al mismo tiempo – con los ojos y oídos abiertos – la presencia activa de la misma Palabra en la realidad del mundo que nos rodea. Esta contemplación es parte de nuestra vocación profética. Dios nos habla desde todo lo que nos rodea. ¿La percibimos en la vida cotidiana, en los signos de los tiempos? ¿Qué nos dice?

“El coraje del futuro consiste, en primer lugar, en la capacidad de ver las cosas con una mirada nueva...Cristo nos ha enseñado a ver las cosas, las personas, los acontecimientos con ojos nuevos...Son también signos de los tiempos, caminos hacia Dios, presencia de Dios, palabras de Dios...” (fr. Vicente de Couesnongle, OP, *El Coraje del Futuro*).

5. ORACION: Mientras seguimos rumiando las palabras del texto, respondemos al Señor con las palabras y los sentimientos que surgen del corazón. Nuestra escucha nos ha hecho más atentos y susceptibles ante las situaciones reales que se viven en el mundo, y ahora nos dirigimos a Dios como respuesta a su Palabra. Nuestro diálogo orante con Dios se puede hacer a nivel personal y comunitario; se da de muchas formas: por medio de la gratitud y la alegría; dirigiéndonos a Dios con asombro y lágrimas; presentando nuestras inquietudes y confusiones; expresándonos con amor o por medio del canto, la bendición, o la alabanza; a través de la oración de intercesión; o simplemente estando en su presencia en silencio y adoración. La oración no tiene una sola forma. Nos estamos acercando al Dios que se nos acercó primero.

“Dios había concedido a Domingo una gracia especial para llorar por los pecadores y por los afligidos y oprimidos; cargó con sus miserias *en el más íntimo recinto de su compasión*, y la cálida simpatía que sentía por ellos en su corazón desbordaba en las lágrimas que caían de sus ojos.” (Jordán de Sajonia, OP)

6. ESTUDIO Y REFLEXION: Después de escuchar, compartir, y orar la Palabra, nos toca el paso fructífero del estudio. El estudio es, en la tradición dominicana, una dimensión de la oración. Los dos momentos se complementan. Como dice fr. Timothy Radcliffe, OP:

“Estudiar no es aprender a ser más inteligente, sino a escuchar...Esta apertura está íntimamente unida en el fondo a la oración. Ambos nos piden estar en silencio, esperando que la Palabra de Dios venga a nosotros. Ambos nos piden vaciarnos de nosotros mismos para poder esperar lo que el Señor tenga a bien darnos...El estudio nos hace mendicantes...”
(*Manantial de la Esperanza*).

Cuando hacemos este paso del estudio a nivel comunitario, es como si estuviéramos poniendo en común nuestros panes y peces, los frutos de nuestro trabajo. Jesús multiplica este compartir abundantemente. Se puede estudiar en pequeños grupos o dividir el trabajo entre varias personas y luego compartir los frutos de nuestro estudio con toda la comunidad.

Domingo

7. LA PRAXIS Y LA PREDICACION: La comunidad, al reconocer la presencia de Dios en su Palabra y en su pueblo, responde a través de la práctica del amor, la misericordia, y la justicia. Para nosotros, dominicos y dominicas, encarnamos nuestra *Lectio* por medio de la predicación y por nuestra práctica de la vida cristiana en el diario vivir. Somos las manos, los ojos, los oídos, el corazón – es decir – el Cuerpo de Cristo en el mundo. Descubrimos qué significa ser una *santa predicación*, una manifestación del Verbo encarnado al compartir con el mundo los frutos del Reino que hemos descubierto en el encuentro con la Palabra.

Una forma concreta de dar expresión a la dinámica semanal de la *Lectio Divina* podría ser que una persona de la comunidad predicara el día domingo, usando el texto que se ha orado durante la semana. Esta predicación breve (5-7 min.) se podría hacer, por ejemplo, durante la celebración de Vísperas (sábado o domingo), y sería una expresión de la escucha orante de toda la comunidad.

Todos los días

8. CONTEMPLACION: La contemplación no es un simple paso más en la *Lectio Divina*. Es un don gratuito de Dios que nos suele sorprender en el momento menos esperado. “Es el conocimiento de Dios impregnado del amor” (San Gregorio Magno), y se hace realidad en nosotros cuando Dios “da a luz su Palabra” en el alma (Maestro Eckhart, OP). A veces reconocemos el momento en que la Palabra nace en nosotros, pero muchas veces pasa desapercibido, obra silenciosa del Espíritu. La contemplación se reconoce en sus frutos. Es vivir la cercanía y la intimidad de Dios en el momento presente, en comunión con el prójimo.

“La oración [contemplativa] no es una tarea de medio tiempo. No hay contemplativos de tiempo parcial. Vivir en la presencia de Dios debe ser tan natural para el cristiano como respirar el aire que nos rodea; es la expresión espontánea de nuestro amor por el Señor, al saber que somos hijos e hijas de Dios” (Henri Le Saux, OSB – Abhishiktananda).

“El contemplativo es la persona que ha arriesgado su mente en el desierto – más allá del lenguaje, más allá de las ideas – donde Dios se encuentra en la desnudez de la pura confianza... en nuestro ser pobres e incompletos” (Thomas Merton, OCSO).

“Tú, Eterna Trinidad, eres un mar profundo. Cuanto más te entro, más descubro y más te busco. Eres insaciable, Tú en cuya profundidad el alma se sacia y a la vez permanece hambrienta por Tí... anhelando verte con luz en tu luz” (Catalina de Siena, OP).

¹ Martínez, Felicísimo, OP, *Domingo de Guzmán: Evangelio Viviente*, (Salamanca: Ed. San Estéban, 1991), p.100-101.

² Timothy Radcliffe, OP, *Misión en un Mundo Desbocado: Futuros Ciudadanos del Reino*, Roma: Asamblea de SEDOS, 5 de dic., 2000).

³ *Meister Eckhart: Tratados y Sermones*, trad. Ilse M. de Brugger (Barcelona: EDHASA, 1983), Sermón I.

⁴ Laurence Freeman, OSB, *Jesús: El Maestro Interior*, trad. Magdalena Puebla (Buenos Aires: Ed. Bonum, 2005), p. 84.

⁵ Sebastian Painadath, SJ, *The Spiritual Journey*, (Delhi: ISPCK, 2006), 7.